

Es de razón que quede memoria de las escuelas ferroviarias, pero también es de estricta justicia que quede unido a ellas el nombre de los maestros que gastaron allí gran parte de su vida y ayudaron a dar los primeros pasos a numerosa chiquillería.

Doña Luisa.

Doña Julia.

Doña Emilia.

Doña Florencia.

Don Antonio y

Don Anastasio que aunque parezca que no han existido, permanecerán en el recuerdo de muchos chicos y mas acentuado cuanto mas viejos se hagan.

Mientras el maestro vive sigue recreándose en su obra como todo creador, aunque el muchacho lo olvide y alegrándose al ver ascender a sus discípulos. Cuando muere continúa el enlace con el recuerdo del alumno que entonces se reverdece con el riego de los propios sufrires.

Grande, maravillosa función la del alfarero que modela el barro divinamente y va soltando cacharros con el tacto mas suave de sus manos. Al maestro le dan los cacharros hechos para que los decore y los haga útiles. Se ve de pronto con una gran habitación de pucheros diferentes, sin saber lo que se podrá hacer con ellos ni para lo que servirán o a que podrán destinarse, ollas diversas de irregular fabricación y todas las rebabas preliminares de la construcción no desbastada que él, el maestro de escuela, ha de regularizar, igualar y vidriar para hacerlo útil en la cocina y, si se puede, que brille en los grandes banquetes de la vida.

No puede trabajar el maestro con la misma rapidez y seguridad que el alfarero. No le obedece la materia ni tiene la misma plasticidad y aunque se diga que Dios fue el primer alfarero y el hombre el primer cacharro, son muy diferentes su resistencia y su ductilidad.

